
ANTES DE QUE SE ESCRIBA EL PASADO

JULIÁN CIOCIA

 **OYD** | EDICIONES

We could steal time,
just for one day
We can be heroes,
for ever and ever.
What d'you say?

«Heroes»
David Bowie

I

CAÑONCITOS CON DULCE DE LECHE

En la sala había una cola de más de cien personas muertas que daba vueltas en zigzag. En su mayoría eran ancianos de más de ochenta años que esperaban ser atendidos por alguna de las recepcionistas del sector de quejas del Departamento de las Parcas, en el Ministerio de Muerte. Este revuelo era constante y ocurría todos los días. Llegaban desde distintos lugares del planeta y se quejaban con ellas como si tuvieran la culpa de sus desgracias.

El grupo de personas solía conversar entre ellas y, a pesar de que mucho no se entendían, pues hablaban diferentes idiomas, compartían un mismo problema: estaban enojadas por el momento en el que habían muerto.

Cuando Set pasaba por allí—y lo hacía todos los días—, no podía evitar lamentarse por las recepcionistas. La verdad era que nunca se había sentido del todo satisfecho con su trabajo, pero sabía apreciar que había otros mucho peores. Durante sus ratos libres, Set charlaba con compañeras del sector de las quejas, como Calipso o Nerea, y

mientras ellas contaban cómo habían lidiado con las personas más quejosas, él se regocijaba compartiendo que a él lo trataban como si fuera un miembro más de la familia, aunque por lo general no ocurría más de una vez a la semana. A veces, hasta le daban alguna copa de vino.

—No hay mayor placer que ese —decía Set—. Es como... ¡como si de repente miles de picazones dulces atravesaran tu garganta! —trataba de explicarles a sus compañeras. Pero para ellas, que solo recibían quejas, estos seres eran quisquillosos y vivían disconformes. Solo se molestaban por lo mal que hacía su trabajo el Departamento de las Parcas. Había veces que hasta tenían que llamar a alguien de seguridad para que los sacara.

—Una vez —contó Nerea— me tocó una humana muy vieja que me exigía que debía regresar a la vida en ese mismo instante. Cuando traté de explicarle que eso no era posible, sacó dos imágenes y me las mostró. Me dijo que eran sus nietos y que el mayor acababa de tener una hija hacía pocas horas.

—La parca vino a buscarme cuando estaba en el hospital. Fui especialmente a conocer a mi bisnieto, ¡y ustedes me llevaron antes de tiempo! —le había dicho como culpándola.

Nerea había tratado de explicarle que lo que para ella era «antes de tiempo», en realidad, tenía una explicación lógica... aunque ella la desconocía. Nerea trabajaba en el Departamento de las Parcas, no en el del Sentido de la Vida. Quiso explicarle que si quería saber por qué se había muerto en ese momento, tenía que dirigirse al edificio de al lado, al Ministerio de Vida. Pero la mujer se puso tan nerviosa que se desplomó en una butaca y se largó a llorar desconsolada. Alegaba

que el Ministerio de Muerte no tenía derecho a eso y que ella solo quería conocer a su bisnieto.

—Finalmente llamé a Evan y él se la llevó. Pobre señora, no me quería escuchar...

A Set le gustaba charlar con ellas dos. Nunca había visto el aspecto real de Nerea —todos los funcionarios llevaban un traje humano para no espantar a los muertos—, pero le gustaba mucho su personalidad. Físicamente era flaca, de cabello castaño y ojos grises. Su cuerpo, por la experiencia que tenía Set, era el de una mujer de no más de treinta años. Sonreía mucho y, a pesar de que también odiaba su trabajo, solía tomarse las cosas con cierto humor. Al contar sus anécdotas, posaba sus ojos sobre Set en busca de una mirada cómplice y eso la animaba a terminar su relato. A Set le gustaba que ella hiciera eso. Le daba... una sensación que no sabía explicar, pero que se parecía un poco a la picazón del vino.

Su compañera Calipso, en cambio, era muy seria. Siempre tenía una mirada hosca. Se parecía a la actriz Judith Anderson interpretando a la señora Danvers en la película *Rebecca*. De hecho, hasta la fisonomía de su cuerpo y su rostro era bastante parecida.

—¡Usted es su doble! —le había oído decir a un chico varias décadas atrás, cuando la película se había estrenado hacía poco. Set no era mucho del cine, pero esa había decidido verla solo para comprobar si él tenía razón. Por esos años la encontró en una sala de cine, y lloró de la risa durante toda la película.

—¡Cuánta razón tiene! —decía a los gritos—. ¡Se escapó del set de filmación para trabajar en el departamento! —La gente lo miraba y

no entendía qué le pasaba. *Rebecca* no era una película cómica, sino dramática.

Pero a pesar de su apariencia tan ruda, Calipso era muy bondadosa. En la sala de descanso, solía reservarle un lugar a su lado y siempre estaba muy interesada en escuchar las novedades de sus últimos casos.

Set era de estatura media baja, un poco subido de peso y con una calva incipiente. Tenía unos ojos azules muy oscuros. Siempre vestía igual, con un traje negro que combinaba con sus zapatos y su corbata. Él decía que siempre se vestía con la misma ropa porque un funcionario tiene que mantenerse invariable a lo largo del paso del tiempo.

Set pensaba en Nerea y Calipso al ver la abarrotada cola que había esa mañana. Saludó a Nerea agitando su mano a la distancia, y ella le devolvió el gesto con una sonrisa. En ese momento atendía a un anciano iracundo, vestido con un traje gris pegado al cuerpo.

—¿Usted sacó turno?—escuchó que le preguntaba Nerea.

—¡Claro que sí, querida!—gritó el viejo, y le entregó un papelito maltrecho y arrugado.

A Set le dio la impresión de que no era la primera vez que ese viejo paseaba por el piso de las oficinas de Muerte. Muchas veces las personas volvían, disconformes por no recibir las respuestas que deseaban.

Set se abrió paso entre la gente y luego giró por un pasillo hasta llegar a su oficina. Buscó en sus bolsillos las llaves para abrir, pero aunque palpó varias veces no logró dar con ellas.

—Otra vez me las olvidé...—protestó. No era la primera vez que le pasaba; por eso le había dado una copia a su compañero de al lado, que realizaba el mismo trabajo que él. Se llamaba Jean-Pierre, y no

era despistado como Set. De no ser por este vecino de oficina, más de una vez Set hubiera tenido que pedirle la llave a su jefe, y estaba seguro de que él no hubiera tenido mucha paciencia con sus despistes.

Jean-Pierre era pedante y competidor. Siempre se regocijaba de lo rápido que hacía sus trabajos. Mientras que Set se quedaba un largo rato explicando los motivos de su visita —le gustaba conversar con la gente—, Jean-Pierre lo resolvía enseguida. Los sermoneaba con indiferencia, como si estuviera leyendo una receta de cocina o una lista de compras.

Una vez, por una negligencia laboral, ya que alguien del Departamento de Logística de las Visitas se había equivocado, ambos habían coincidido en la misma casa. Era la de un viejito muy simpático que había perdido a su mujer hacía pocos días y al que ahora le había llegado su hora. El viejo les había abierto la puerta, sonriente, y los había invitado a pasar. Set lo hubiera hecho de buen gusto y, de hecho, ya estaba a punto de solicitarle un vaso de agua, pero en ese momento Jean-Pierre se le había adelantado y, con su tablet en la mano —él trabajaba con eso porque decía que le era más cómodo—, le había leído un discurso muy impersonal, en el que describía el motivo de la visita, a qué año debía viajar y lo que debía cambiar. Inmediatamente el viejito se puso blanco y en los siguientes dos minutos se limitó a dar vueltas en el lugar intentando encontrarles una lógica a los hechos.

—¿Hacía falta ser tan brusco?—le preguntó Set más tarde.

Su compañero ni siquiera lo miró.

—Estamos acá para cumplir una tarea y hacer la mayor cantidad de visitas posible. No vinimos a hacer sociales.

Set odiaba su forma de ser tan impersonal y por eso detestaba tener que pedirle algún favor, aunque fuera algo tan insignificante como que le abriera su oficina.

—¿Otra vez? —le preguntó Jean-Pierre, al verlo en la puerta transpirado y nervioso.

—Sí, se ve que me la dejé en el cajón de la cómoda. La guardo ahí para no olvidarme.

—Y, sin embargo, te la olvidaste...

Set se encogió de hombros. Jean-Pierre lo miró con una sonrisa de falsa simpatía. Set sabía que él disfrutaba de hacerlo sentir incómodo. Le gustaba la sensación de sentirse más útil que el otro, como si valiera más.

Jean-Pierre agarró un manojito de llaves de su llavero de pared.

—Tal vez deberías ponerte uno —le dijo mientras le entregaba las llaves.

—¿Qué cosa?

—Un llavero. Lo colgás en la pared o en la puerta de tu casa —dijo Jean-Pierre.

Set se puso colorado.

—Gracias —le dijo—, lo voy a tener en cuenta.

Jean-Pierre le volvió a sonreír y luego le cerró la puerta.

Set fue hasta su oficina y la abrió..

—¡Siempre tan pedante! —dijo molesto.

Entró y se sirvió un vaso de agua. Se había hecho instalar un dispenser, ya que constantemente vivía sediento. Si bien no contaba cuánto bebía, a veces bajaba gran parte del bidón. Los del mantenimiento de las oficinas se lo recargaban todos los días.

—Gracias a Dios —decía al entrar en su oficina (en forma irónica, por supuesto).

Pero esa mañana no le agradeció al Señor, sino que prácticamente se dejó caer en su escritorio y, muy enfadado, prendió su computadora portátil. Siempre tardaba una eternidad para encender, porque era un modelo muy viejo. Set aprovechaba ese rato, que podían llegar a ser como diez minutos, para poner algo de música en su equipo de audio. La música era algo que la mayoría de los funcionarios no apreciaba. Solo lograban conocer su verdadera profundidad aquellos que habían tenido contacto con el mundo humano. Set nunca podría explicarle lo que significaba la música al Departamento del Destino, por ejemplo. Aquellos sujetos le parecían cerebritos empecinados en marcarles un camino a todos y nada más. Muchas veces él había intentado hacer que escucharan alguna melodía de piano de Chopin, pero ellos no salían de sus oficinas. Eran como ermitaños reticentes a cualquier tipo de cambio, incluso a algo insustancial como visitar otros departamentos.

Había pocos funcionarios que, como él, tenían contacto diario con la gente; por eso, Set no contaba con el suficiente apoyo como para trabajar con música. Una vez los del sindicato lo habían exigido. Habían solicitado que, en los descansos, pasaran música desde los parlantes generales. Pero esta propuesta nunca había prosperado, y Set se conformó con un radiograbador pequeño que había sacado de contrabando de una de sus visitas.

—Es que nuestro sindicato nunca logra grandes cosas —le había dicho a otro funcionario—. No es como el de los del Control de las Líneas de Tiempo. Esos sí que la pasan bien.

Sin embargo, esa mañana Set entró tan ofuscado que ni siquiera prendió su equipo. Abrió el sistema operativo Después de la Muerte en su notebook y observó la pantalla en negro mientras se cargaba el logo de la calavera del Ministerio de Muerte.

—Algún día me tienen que cambiar este cacharro —dijo para sí—. Si alguien se fijara en el tiempo que pierdo en hacerlo arrancar...

Set escuchó dos golpes en la puerta. No esperaba a nadie.

—Sí... adelante... —dijo.

Era Nerea, que venía con un paquete en la mano. Set se levantó apresurado y nervioso. Golpeó el escritorio con su barriga.

—Nerea... buen día. Qué sorpresa.

—Buen día. ¿Puedo pasar?

—Sí, sí, por favor. Sentate —le dijo Set, señalándole un asiento frente a su escritorio.

Ella le sonrió y luego se sentó en el asiento vacío. Set le sonrió también y volvió a acomodarse en el suyo. Nerea dejó el paquete sobre el escritorio. Estaba envuelto con un papel blanco.

—¿Qué es? —le preguntó Set.

—Lo trajo uno de los recién ingresados... Al parecer hubo un error con los de Control de Objetos Humanos.

—No te entiendo —dijo Set. Tocó el paquete con un dedo y, como vio que no pasaba nada, se apresuró a abrirlo.

—Que un funcionario lo dejó pasar con comida. Ya sabés, nadie puede entrar en el Más Allá con nada. No sé qué pasó, pero el humano vino con esto. Yo me comí una —dijo Nerea con los ojos encendidos— y quise traerte a vos porque, bueno... no van a durar mucho... ya sabés cómo es Calipso —sonrió picaronamente.

Set vio que eran facturas. Había algunas medialunas, cañoncitos de dulce de leche y vigilantes. Set solo las había visto de lejos y nunca había probado una. Ellos tenían prohibido comer—norma que pocas veces respetaban—, y cada vez que se cruzaban con algún alimento nuevo, no podían resistirse a la tentación. Set ni siquiera sabía cómo funcionaba su aparato digestivo. Lo único que sabía era que al probar algo humano, como el vino, sentía esas picazones dulces.

—¿Y qué gusto tienen? —le preguntó Set.

Nerea le sonrió extasiada y lo tomó de la mano. Un calor le recorrió el cuello. No pudo diferenciar bien de qué se trataba, pero, de golpe, se sintió mejor que antes.

—¡Son increíbles! ¿De verdad los humanos comen estas cosas? Yo solo recibo reclamos... ¡No sabía que podían hacer cosas así de buenas!

—¿Cuál probaste vos? —le preguntó Set.

Nerea tomó el cañoncito de dulce de leche con sus dedos. Miró asombrada cómo el azúcar impalpable se desparramó sobre el escritorio.

—No sé qué es esto... ¡pero guau! —exclamó.

—Dejame probarlo —dijo Set.

Nerea lo llevó a la boca de Set, como si fuera algo natural y otra vez él volvió a sentirse extraño. Había visto a muchas parejas hacer eso a lo largo de sus visitas. Pero a él nunca le habían dado de comer así.

Set probó un trozo del cañoncito. Nerea lo miraba expectante.

—¿Y? —le preguntó—. ¿Te gusta?

Set saboreó la masa y cuando el dulce de leche tocó su lengua estuvo a punto de largarse a llorar.

—Esto está buenísimo... —dijo con la boca llena.

—¿Viste? Cuando lo probé yo también dije... ¡Guau!

Set dio otro bocado y parte del dulce de leche y el azúcar impalpable le mancharon la barbilla.

—Alcanzame una servilleta —le pidió a Nerea.

—¿Qué es una servilleta?

—Es como un papel blando... ¿No te dieron con las facturas?

Nerea miró en el envoltorio. Levantó unas cuantas facturas para ver si había un papel abajo. No vio nada.

—Ah, no encuentro esa *servilleta* —dijo Nerea—. ¿Y para qué sirve?

—Los humanos las usan para limpiarse, cuando le pasan este tipo de cosas. —dijo y se señaló la barbilla.

—Ah, ¿para eso sirve? Entonces no la necesitamos. Dejame a mí.

Nerea se acercó a Set y le pasó la mano por la barbilla. Inmediatamente el dulce de leche y el azúcar impalpable desaparecieron como si estuvieran expuestos a un calor extremo, y el rostro de Set volvió a estar limpio.

—¿Ves? No necesitamos esa servilleta —dijo Nerea e hizo una pausa—. ¿Y? ¿Te gustó?

—Sí... Gracias por hacerme probar esto —le dijo Set. Ella le sonrió y sus manos se tocaron otra vez. Set sintió como su cuello volvía a calentarse de golpe. Se lo tocó con la palma de su mano. Quemaba.

—¿Qué tenés? —le preguntó ella, evidentemente asustada—. ¿Te hizo mal la factura?

—No, no es eso... no sé. Es un día muy raro para mí... Estas comidas nuevas... ¡Qué loco!

Nerea volvió a sonreír. ¿Desde cuándo le queda tan bien la sonrisa?, se preguntó Set. Sin darse cuenta le apretó la mano. Era suave.

—¡Me entretuve con vos y me van a matar! —dijo Nerea entrando en razón—. Calipso está sola y debe de estar atendiendo a todos los muertos...

Nerea se apartó de Set y tomó el paquete de facturas.

—¿Querés que te deje otra? —le preguntó.

Set negó con la cabeza.

—No hace falta... Con lo que hiciste hoy por mí ya me alegraste el día.

Nerea le sonrió y luego salió cerrando la puerta suavemente. Set se quedó pensando. No estaba seguro de si se trataba de la factura que daba vueltas en su cuerpo y confundía sus pensamientos o si ella le había hecho algo... Movié la cabeza como volviendo en sí. El iconito de la muerte ya había terminado de cargar y tenía acceso a la lista de personas a las que tenía que visitar en la semana. Fue bajando la barra lateral con el mouse y viendo los diferentes nombres. Debajo de cada foto había una breve descripción, como «ama de casa» o «arquitecto jubilado». En los últimos años, la tecnología que desarrollaban las personas, y que ellos adaptaban para facilitar su trabajo, había cambiado mucho. Set aún recordaba que cuando empezó a hacer ese trabajo, le llegaba una lista escrita a mano.

—Las viejas y buenas épocas... —solía decirles a sus compañeros más nuevos—. No había fotos, porque, por supuesto, no existían las cámaras. En esos tiempos, el Departamento Recopilador de Datos trabajaba con pintores. Generalmente habían sido grandes artistas en sus vidas de mortales y... ah, ¡qué retratos que hacían!

Durante unos instantes, Set se quedó recordando aquellos tiempos. Tal vez para los funcionarios el tiempo fuera algo mucho menos importante que para las personas, pero ellos también eran parte de la vorágine y de las épocas que cambian todo a su paso.

Durante esta última época, por ejemplo, los que más morían eran los ancianos. Muchas veces ellos ya estaban preparados, y hasta lo ansiaban. Le decían que ya no se sentían los mismos de antes; que algo en ellos se había desgastado y que el mundo era más oscuro desde que se les había muerto tal o cual persona. Set siempre los escuchaba. A todos les gustaba contar sus problemas, y él era un gran oyente.

Los tiempos habían cambiado mucho, y el rápido crecimiento de la población, sobre todo durante el último siglo, había hecho que se crearan muchos nuevos funcionarios. Sus zonas de trabajo estaban separadas por regiones y, dentro de ellas, por conglomerados urbanos. Set tenía asignada la región del Río de la Plata, en el hemisferio sur-occidental del mundo. Desde que se había dado un crecimiento poblacional inusitado en el último par de siglos, su zona se había restringido exclusivamente a la ciudad de Buenos Aires.

Set fue bajando la lista con el mouse. La notebook se le trababa cada dos por tres. Se frenó en la foto de la primera señora que tenía que visitar. Ella no debía de superar los setenta años. Tenía una mirada apagada, cabello enrulado y dos ojos negros y grandes como melones. Set supuso que de más joven habría sido muy bonita, aunque a su edad tampoco estaba mal. Sin embargo, hubo algo que le llamó la atención. Tal vez era su mirada, como si ella no fuera parte de este mundo. Sus ojos estaban hundidos, remarcados por sus patas de gallo. Se notaba que había pasado por una tragedia muy grande.

Set estuvo a punto de abrir su foto de perfil para leer su historia, pero en ese momento le golpearon la puerta.

—Sí... adelante... —dijo. Pensó que era Nerea y que traía más facturas.

Se abrió la puerta y entró Jean-Pierre. Se había cambiado de traje —siempre lo hacía antes de una visita— y llevaba su tablet en un estuche de cuero muy sofisticado. Miró a Set con aire sobrador.

—Solo quería decirte que yo ya voy a empezar...

—¿Empezar? Pero si solo son... —Set miró la hora y los ojos se le abrieron como platos.

Jean-Pierre sonrió divertido.

—Si tuvieras una tablet como esta no te pasarían esas cosas. Esto anda como... bueno, seguro me entendés. No quiero decir una blasfemia. —Sonrió.

—Sí, sí, claro, claro —dijo Set. Se levantó rápidamente y tomó lo que le quedaba de su vasito de agua. Derramó un poco sobre su traje, porque estaba apurado.

—Por cierto... —dijo Jean-Pierre—. Hace un ratito vi pasar a Nerea...

—¿A Nerea? —preguntó Set. Se puso colorado.

—Sí, a Nerea... ¿No la viste vos?

Set negó con la cabeza.

—Llevaba algo... como un paquete. Me preguntaba qué sería... Vos no tenés ni idea, ¿no?

Set negó con la cabeza otra vez.

—Qué raro... parecía un envoltorio humano... —Se encogió de hombros—. Maxim odia esas cosas. Espero que no se entere.

—No tiene nada de qué enterarse—le recriminó Set—. Nerea no llevaba nada humano. Sabés que no tiene trabajos terrenales.

—Sí, sí, lo sé, lo sé, tranquilo—le dijo Jean-Pierre—, solo fue un pensamiento. No es para que te enojés así...

Set no le respondió. Cerró su notebook y la metió en su maletín. Luego fue hasta la puerta y vio que Jean-Pierre no se movía.

—¿Necesitás algo más?—le preguntó.

Jean-Pierre volvió a sonreír.

—No necesito nada más—le dijo—. Solo quería decirte que Maxim organizó una reunión para las once. Te aviso para que no te tomes todo el tiempo del mundo en hacer tus visitas. Lo ideal sería meter tres o cuatro antes. Si solo hacés una en ese rato... quizás se pueda enojar.

—Sí, sí, claro, claro—dijo Set. Sacó a Jean-Pierre a empujones y luego fue corriendo hasta el ascensor de servicio. En el camino vio que la fila de reclamos apenas había disminuido, y se sintió mal por Nerea. No era una buena mañana para nadie. *Lo único bueno fue el cañoncito de dulce de leche, pensó, y también...* La imagen de Nerea sosteniéndole la mano lo golpeó como un huracán. Apartó esos pensamientos de su mente. No tenían sentido, claro que no. Además, nunca le había pasado algo así, y estaba seguro de que se debía a la factura. Tal vez el humano le había puesto algo. Tal vez había sido algún compañero que le había gastado una broma.

—Pero su sonrisa...—dijo para sí—. Su sonrisa era muy bonita.

Un funcionario que viajaba en el ascensor lo miró con extrañeza. Set venía tan distraído en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que hablaba en voz alta.

—Estoy practicando —le dijo al funcionario.

Este asintió con la cabeza y abrió mucho los ojos.

—Ya veo —le dijo.

El ascensor se frenó en el piso tres, y el funcionario se bajó en el Departamento de los Recuerdos, en donde se almacenan los que nadie quiere olvidar.

Set supuso que sería nuevo, porque nunca lo había visto antes. No le prestó atención y presionó el botón de planta baja, el que bajaba al planeta Tierra.